

La historia póstuma de la Piedra de Tízoc

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN, LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

A Alessandro Lupo



La Piedra de Tízoc con su pileta y canal distintivos. La cara lateral posee 15 escenas de conquista.

FOTO: BORIS DE SWAN / RAICES

Este célebre monumento mexica y la Piedra del Antiguo Arzobispado, posiblemente esculpida por órdenes del rey Axayácatl, han tenido un accidentado y significativo devenir desde la caída de Tenochtitlan en 1521 hasta nuestros días.



La Piedra del Antiguo Arzobispado carece de canal. La cara lateral posee 11 escenas de conquista.

FOTO: AGUSTÍN UZARRAGA / RAÍCES

Los monumentos arcaicos, testimonios del pensamiento y la acción de generaciones desaparecidas, producen ante nuestros ojos la vana ilusión de transmitir un nítido mensaje. Creemos escuchar en ellos la lejana voz de los creadores grabada en la dureza de las formas, en la perfección de los contornos y en la armonía de la composición, preservada gracias a la tenacidad de una materia casi inmune al paso del tiempo. Olvidamos, al menos por momentos, que el mensaje no queda mecánicamente cristalizado en su soporte pétreo; que las formas impresas son simples detonantes dirigidos a la imaginación de los más variados espectadores, y que el significado se crea y se recrea en la eterna interacción del objeto y los códigos mentales del sujeto. Así, la apariencia material unívoca se irá transformando en la esfera de lo ideal: las figuras se tornarán en sacerdotes, guerreros, genios o danzantes; los usos serán astronómicos, mágicos, lúdicos o conmemorativos; los volúmenes contendrán flujos sagrados, dioses, demonios o la mera rotación de los átomos. Todo según quién y cómo lo mire. Y esta pluralidad de lecturas, aún más mutable en el choque de culturas y en el vuelco de los siglos, es con frecuencia el factor más importante en el destino de los monumentos.

Tal es el caso del monolito mexica que lleva en nuestros días el nombre de Pie-

dra de Tízoc, cuya talla ordenó ese controvertido soberano de Tenochtitlan entre 1481 y 1486 d.C. Su cambiante destino, como el de otras esculturas semejantes, ha estado marcado por las más diversas apreciaciones y por un insólito desplazamiento a través de las calles, las plazas y los museos de la ciudad de México. El monolito, actualmente en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología (inv. 10-162), es un cuerpo cilíndrico de andesita que se define por su gran magnitud: 94 cm de altura, 265 cm de diámetro y unas 9.5 toneladas de peso. Las caras superior y lateral del cilindro están bellamente labradas bajo los cánones del estilo que ha sido llamado “mexica imperial”. La superior luce la representación convencional del Sol. La lateral tiene una secuencia de 15 escenas, cada una conformada por un guerrero sometiendo a una deidad que personifica al señorío particularizado con un glifo toponímico. La secuencia está limitada por dos bandas horizontales, una arriba y otra abajo, que figuran respectivamente un cielo nocturno y un reptil terrestre. En forma desconcertante y como seña distintiva, una concavidad central y un profundo canal dañan la labra de la escultura, rompiendo en forma radial el disco solar de la cara superior y una de las escenas de conquista de la cara lateral.

Hoy sabemos que la Piedra de Tízoc era un instrumento idóneo para las crudas permutas entre hombres y dioses. A su función ritual nos hemos referido en el libro *Monte Sagrado-Templo Mayor*, identificándola como uno de los dos grandes cilindros de piedra que formaban un par litúrgico en el patio del Templo de Yopico, complejo dedicado al dios Xipe Tótec y ubicado en el extremo meridional del recinto sagrado de Tenochtitlan. Ambos cilindros estaban destinados al *tlahuabuanaliztli* o “rayamiento”, ritual mejor conocido como “sacrificio gladiatorio”. Uno de ellos, el *temalácatl*, era la breve palestra donde luchaba el cautivo mal armado contra los guerreros sacrificadores. El otro, el *cuanhxicalli*, recibía su cuerpo herido para la irremisible extracción del corazón y la subsecuente ofrenda de sangre al Sol y a la Tierra. La piedra de nuestro estudio era un *cuanhxicalli*, pues carece de la espiga central que las fuentes atribuyen al *temalácatl*, elemento adecuado para atar la cuerda que sujetaba al cautivo.

Estos impresionantes cilindros servían también como verdaderos memoriales que glorificaban las hazañas de cada soberano, pues consignaban en sus cantos tanto las conquistas heredadas como los triunfos propios. Esto explica la obsesión mexica por renovar constantemente el *cuanhxicalli*, el *temalácatl* o ambos, dando fe del paulatino engrandecimiento del imperio.

PIEDRAS DESTRUIDAS, PIEDRAS SEPULTADAS

Con la conquista española, el gigantesco escenario ritual que ocupaba el corazón de Tenochtitlan fue derrocado edificio por edificio, piedra por piedra. Las grandes esculturas quedaron profanadas, desacralizadas, dispersas y abandonadas cada una a su suerte en el nuevo curso de la historia. El destino inmediato de las piedras cilíndricas del patio de Yopico fue disímbo, tal y como lo describe la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, documento redactado entre 1543 y 1544:

En el año 136 [1458 d.C.] hizo Moteçuma el Viejo una rodela de piedra, la cual sacó R[odrigo] Gómez, que estava enterrada a la puerta de su casa, la qual tiene un agujero en medio y es muy grande... Y en aquel agujero ponían los que tomavan en la guerra atados, que no podían mandar sino los braços, y dábanle una rodela y una espada de palo; y venían tres hombres: uno vestido como tigre, otro como león, otro como águila, y peleavan con él hiriéndole: luego tomavan un navajón y le sacavan el corazón. Y así sacaron los navajones con la piedra debaxo de aquella rueda redonda y muy grande; y después los señores que fueron de México hicieron otras dos piedras, y las pusieron cada señor la suya una sobre otra, y la una habían sacado y está hoy día debajo de la pila de bautizar, y la otra se quemó y quebró cuanto estuvieron los españoles... (p. 72).

En el primer caso referido en este fragmento, las Actas de Cabildo, los papeles del obispo Juan de Zumárraga y un antiguo mapa de la ciudad de México nos dejan claro que, entre 1525 y 1526, el conquistador Rodrigo Gómez Dávila levantó su residencia principal en la esquina de la Calle Real (hoy Moneda) y la Calle del Agua (hoy Seminario) (A en el plano), y que cinco años más tarde las modestas casas obispaes fueron edificadas, al oriente, en la colindancia. Mucho tiempo después y tras constituirse en Arzobispado, dichas casas fueron ampliadas hacia el poniente, ocupando parte del antiguo predio de Gómez Dávila. Esto nos hace especular con buenas bases que la gran rodela “con un agujero en medio” es ni más ni menos que la famosa



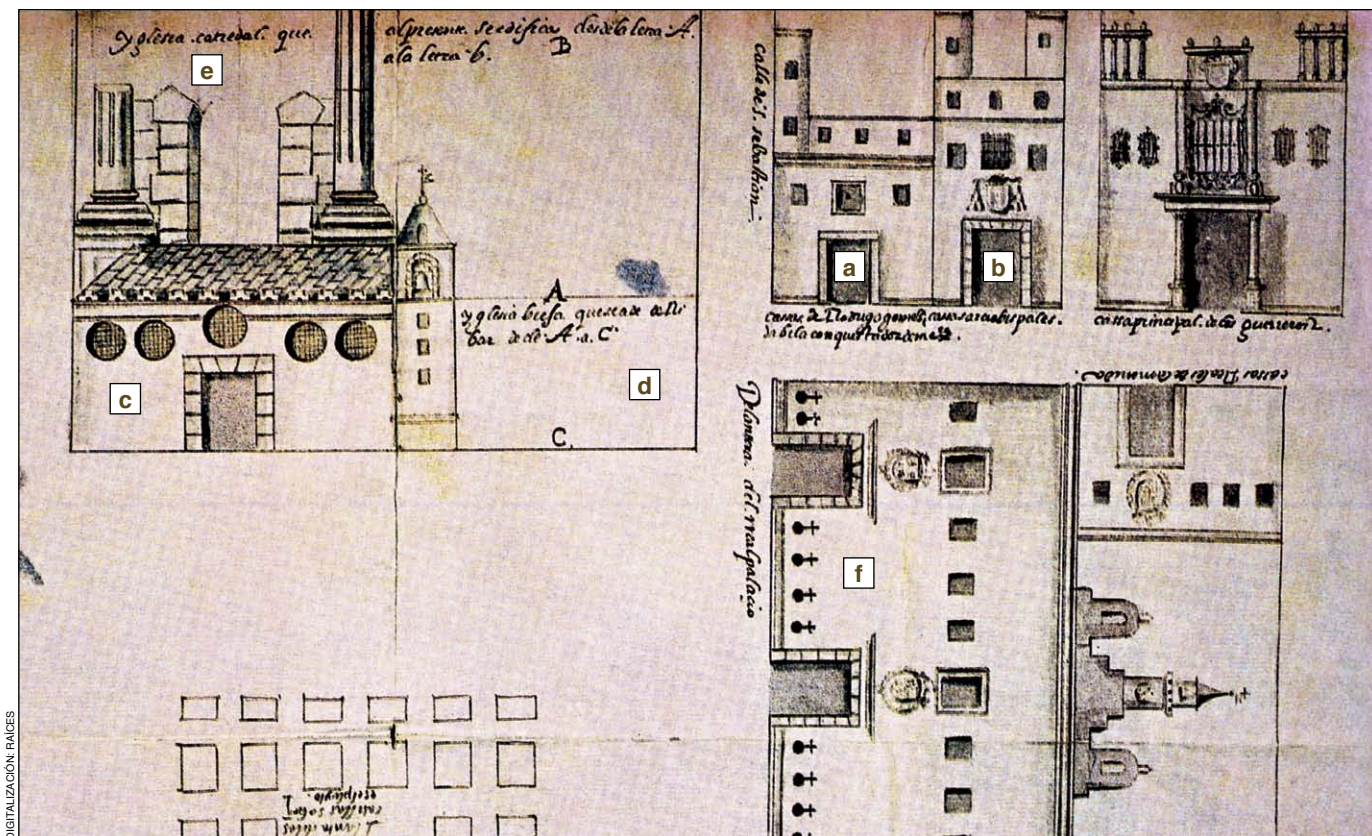
Desplazamientos sucesivos de la Piedra de Tízoc y de la Piedra del Antiguo Arzobispado.

“Piedra del Antiguo Arzobispado”, exhumada en 1988 y hoy expuesta en el Museo Nacional de Antropología (inv. 10-393459). A decir de los arqueólogos que descubrieron este *temalácatl*, se encontraba a escasos 30 cm de un muro colonial y dentro de una capa de tierra donde predominaban los fragmentos de cerámicas novohispanas (Pedro Francisco Sánchez Nava y Judith Padilla, comunicación personal, diciembre de 2009). Esto y el hecho de que la Piedra del Antiguo Arzobispado no se alineaba con la pirámide de Tezcatlipoca, cuya escalinata se sitúa unos cuantos metros al este, nos confirma que fue movida de su lugar original —o al menos detectada— en el periodo colonial (B en el plano).

La otra “rodela” que no fue destruida según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* habría sido enterrada tras la caída de Tenochtitlan, pero redescubierta al poco tiempo, en una fecha que calculamos entre 1526 y 1532, cuando se erigió la catedral primitiva. Allí habría quedado bajo la capilla del bautisterio, al menos hasta 1626, año en que esta pequeña edificación con eje oriente-poniente fue demolida. ¿Seguirá aún bajo tierra?

LA PIEDRA DE TÍZOC EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

De manera significativa, la Piedra de Tízoc procede de la misma área. En “El libro de los ritos...”, en la *Historia de las In-*



Plano del centro de la ciudad de México en el siglo xvi. Francisco Guerrero, Archivo General de Indias. Calle Real: a) Casa de Rodrigo Gómez Dávila. b) Casas obispaes. Plaza de Armas: c) Catedral primitiva. d) Cimiento inconcluso. e) Nueva Catedral. f) Palacio Real.

días de Nueva España..., fray Diego Durán apunta que esta escultura:

...era una que agora tornaron a desenterrar en el sitio donde se edifica la Iglesia Mayor de México, la cual tienen agora a la puerta del Perdón. A esta llamaban “batea” los antiguos, a causa de que tiene una pileta en medio y una canal por donde se escurría la sangre de los que en ella sacrificaban, los cuales fueron más que cabellos tengo en la cabeza. La cual deseo ver quitada de allí, y aun también de ver desbaratada la Iglesia Mayor y la nueva: es porque se quiten aquellas culebras de piedra que están por basas de los pilares, las cuales eran cerca del patio de Huitzilopochtli y donde sé yo que han ido a llorar algunos viejos y viejas la destrucción de su templo, viendo allí las reliquias, y plega a la divina bondad que no hayan ido allí algunos a adorar aquellas piedras y no a Dios (p. 100).

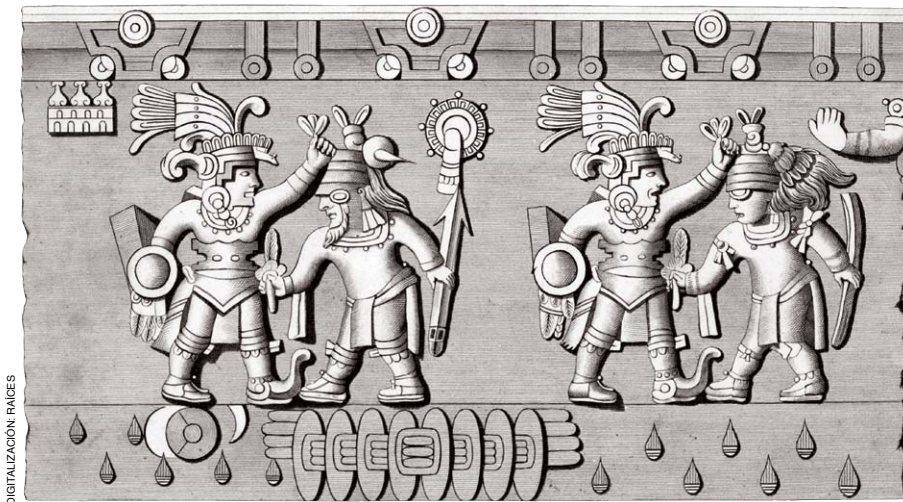
Si tomamos en cuenta que el dominico comenzó este libro hacia 1565 y que ya lo tenía concluido para 1570, el área del

hallazgo se localizaría justo al este de la catedral primitiva, donde se excavó una enorme zanja entre 1562 y 1565 para construir los cimientos de una nueva catedral de siete naves que se pretendía tan

grande como la de Sevilla (1 en el plano). Sin embargo, este proyecto se canceló por su elevado costo y por la presencia muy somera del nivel freático en el terreno escogido. Como es bien sabi-



La Piedra de Tizoc según un dibujante indígena de fray Bernardino de Sahagún. Códice Florentino, lib. IX, f. 7r.



Dos escenas de la Piedra de Tízoc en un grabado publicado por Alexander von Humboldt, basado en un dibujo de Guillermo Dupaix. *Vistas de las cordilleras...*, lám. XXI.

distintivos. En ese mismo lugar la situaron el propio Durán en su *Historia* de 1581 (p. 395) y el historiador Hernando Alvarado Tezozómoc en su *Crónica mexicana* de 1598 (p. 146, 404), llamándola el primero “piedra del sol” y el segundo “piedra del sacrificio”.

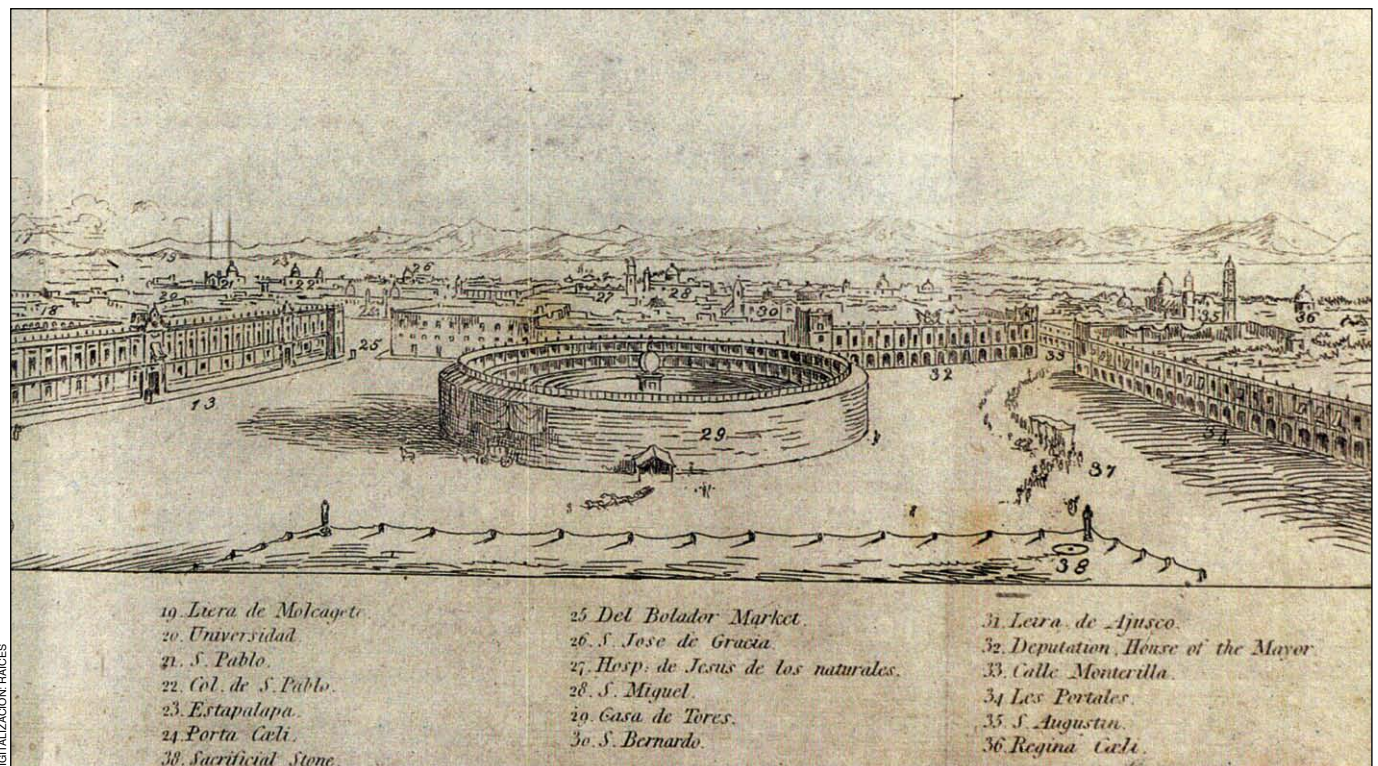
Aún más interesante es la descripción del joven Francesco Carletti, quien residió en la ciudad de México entre junio de 1595 y marzo de 1596. Comerciante de esclavos de origen florentino, Carletti da noticia de forma, ubicación y supuestas funciones en sus *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo*:

do, un proyecto menos ambicioso tuvo que ser iniciado en 1570-1571, ahora al norte de la catedral primitiva; de este último proyecto fue resultado nuestra catedral metropolitana.

Lo importante para nuestros propósitos es que, durante más de seis décadas, la Piedra de Tízoc permaneció expuesta a la mirada de los transeúntes frente a la llamada Puerta del Perdón de la catedral

primitiva, es decir, frente a la entrada principal (occidental) del edificio cuyas ruinas yacen bajo el ángulo suroeste del actual complejo catedralicio (2 en el plano). Ahí la vieron testigos de privilegio. Por ejemplo, uno de los dibujantes de fray Bernardino de Sahagún dejó plasmada su imagen en el libro IX del *Códice Florentino* entre 1575 y 1577, figurándola desprovista de relieves, pero con su pileta y canal

...y en mis tiempos estaban levantando su colegio [los jesuitas], el cual era una fábrica muy suntuosa y bella, tal como es también hermosísima aquella en donde vive el virrey, situada en una de las plazas, en donde está también la catedral, que en mis tiempos no estaba terminada de construir. Todavía se ve en ella una mesa de una piedra grande y gruesa trabajada en forma redonda, con varias figuras en medio relieve esculpidas dentro, con un canalillo en medio de ella, por el cual dicen que corría la sangre de aquellos hombres que se sacrificaban sobre ella en la época de su gentilidad mexicana, en honor



Boceto elaborado por William Bullock para el “panorama” de John y Robert Burford. La Piedra de Tízoc está señalada con el número 38.

La Piedra de Tízoc se utilizaba en el *tlahuahuanaliztli* o “rayamiento” –ritual mejor conocido como “sacrificio gladiatorio”. Era un *cuauhxicalli* que recibía el cuerpo herido del sacrificado para la irremisible extracción del corazón y la subsecuente ofrenda de sangre al Sol y a la Tierra.



La exhibición “México antiguo” organizada por William Bullock. Detalle del frontispicio del catálogo.

res que fueron conquistados, que es hecho cautivo. Allá está grabado sobre la piedra el nombre de cada población; en cada punto está esculpido, por todas partes, alrededor del lomo de la piedra discoidal. Y ya nadie sabe los que [eran] los nombres de nuestros lugares, pues en verdad han muerto todos los ancianos que sabían las historias de la escritura de la piedra (pp. 136-137).

LA PIEDRA DE TÍZOC A FINES DE LA COLONIA

Ignoramos si la Piedra de Tízoc fue inhumada intencionalmente en el siglo XVII o si, como lo afirma Francisco Sedano (pp. 292-294), quedó sepultada como consecuencia de la gran inundación de 1629 y del relleno de tierra que hicieron los habitantes de la ciudad, el cual fue concluido en 1634. Lo único cierto es que volvió a aparecer el 17 de diciembre de 1791, a menos de 42 cm de la superficie y boca abajo. Según lo cuenta el astrónomo y anticuario Antonio de León y Gama:

de sus ídolos, cuyas reliquias se ven todavía por la ciudad fijadas por ellos en la pared, en las esquinas de las casas hechas por los españoles, puestas allí como triunfo de sus fundaciones (p. 69).

Visionario es el testimonio escrito entre 1598 y 1600 por el cronista Cristóbal del Castillo, quien al referirse a los lugares conquistados por los mexicas, dice que “están escritos en el malacate [cilindro] de piedra circular, la piedra de rayamiento, que está junto a la Iglesia Mayor de México”. Y de manera iluminada interpreta correctamente el significado de sus relieves:

Aquel que está primero de pie, que tiene [al otro] por el cabello, es la imagen de los mecitin, y el otro hombre que está arriba, inclinado, ése es el poblador de los lugares



Modelo miniatura en cera de la Piedra de Tízoc. Fue llevado por William Bullock a Londres.

FOTO: CORTESÍA DEL BRITISH MUSEUM

...se iba abriendo la zanja para la atarjea que vá al primer arquillo inmediato al portal que llaman de los mercaderes, y pasa por la cerca del cementerio de la iglesia Catedral, en el sitio mismo donde estaba antiguamente una cruz, de madera pintada de verde sobre su peana de mampostería, que es donde formaba esquina la antigua cerca del cementerio y hace frente á las tiendas de cerería del Empedradillo (2ª parte, p. 46).

Además de encargar un dibujo al grabador Francisco Agüera, el propio León y Gama estudió entonces los relieves. Llegó a la conclusión de que no se trataba de un *temalácatl* ni de un *cuanhxicalli*, sino de un monumento solar que registraba los dos pasos cenitales por Tenochtitlan, celebrados “con un divertido baile que representan los treinta danzantes, que de dos en dos están tan finamente grabados en la circunferencia cilíndrica”. Por aquellos días, el capitán de dragones flamenco Guillermo Dupaix también tuvo la ocasión de examinar la piedra y de dibujarla. Llegó así a la idea de que no debía llamársele Piedra del Sacrificio ni tampoco Piedra de la Danza, como proponían sus contemporáneos, sino Piedra Triunfal, “pues este trozo cilíndrico muy precioso á la historia de ésta Nación, dedicado á la poste-



DIGITALIZACIÓN: RAICES



DIGITALIZACIÓN: RAICES

La Piedra de Tízoc (se le ve tras la reja) en la esquina noroeste del patio de la Universidad. Detalle de un óleo de Pedro Gualdi.

ridad, nos manifiesta palpablemente las Victorias que consiguió sobre 15 Provincias, (o Reynos)” (f. 1). La cara superior, sin embargo, le resultó desconcertante, y aventuró la opinión de que su significado pudo haber sido astronómico.

A los pocos días del hallazgo, el corregidor regente de la ciudad de México pidió al deán de la catedral que buscara un lugar apropiado para exhibir el monolito, como se había hecho con la Piedra del Sol, empotrada ya para entonces al pie de la torre nueva. A pesar de la amplitud del atrio, la respuesta fue negativa, alegando que “no había paraje ni destino para poderla aplicar”. De manera sorprendente, el corregidor regente comunicó al virrey que consideraba lo mismo de su parte con respecto a la ciudad, por lo que bastaría con hacerla “medir, dibuxary describir si fuere posible para su futuro conocimiento...” (AHGDF, fol. 4r-5r). Sin más, la Piedra de Tízoc volvió a ser ente-

rrada, pero ahora con el disco solar hacia arriba y a ras de tierra, lo que tuvo como consecuencia el profundo desgaste que hoy muestra la cara superior. Según el alabardero José Gómez, esto sucedió el 3 de septiembre de 1793, “en el lugar que se ha de poner la santa cruz que estaba en el cementerio de la catedral” (p. 82).

En algún momento entre 1803 y 1804, Dupaix regaló su dibujo de la secuencia de conquistas de la Piedra de Tízoc a Alexander von Humboldt, quien estaba de paso por la capital novohispana. El sabio prusiano publicaría un segmento en sus *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (lám. XXI, p. 136). Ahí afirma que la piedra servía como *temalácatl*, para luego inclinarse por la interpretación iconográfica del capitán de dragones y sugerir erróneamente que los guerreros mexicas llevaban una suerte de zapato izquierdo “terminado por una especie de pico que



Desarrollo de las escenas de conquista de la Piedra de Tízoc. Litografía de Carl Nebel, *Viaje pintoresco...*



aparece destinado a la defensa”. Además, Humboldt aclara haber “confrontado la exactitud” del dibujo de Dupaix, implicando con ello que hizo liberar de los escombros el canto del monolito.

LA PIEDRA DE TÍZOC EN EL MÉXICO INDEPENDIENTE

En 1823, consumada la guerra de independencia, el *showman* británico William Bullock viajó a México con su hijo. Uno de sus propósitos era dibujar los croquis que darían origen a las pinturas de John y Robert Burford para la exhibición “Vista de la Ciudad de México” en el Leicester Square Panorama de Londres. Dibujos y exhibiciones, que comprendían escenas de ciudades de todo el mundo, se hacían por un procedimiento sumamente ingenioso para la época. El artista se colocaba en un único punto para reproducir desde allí todo el paisaje circundante. Las

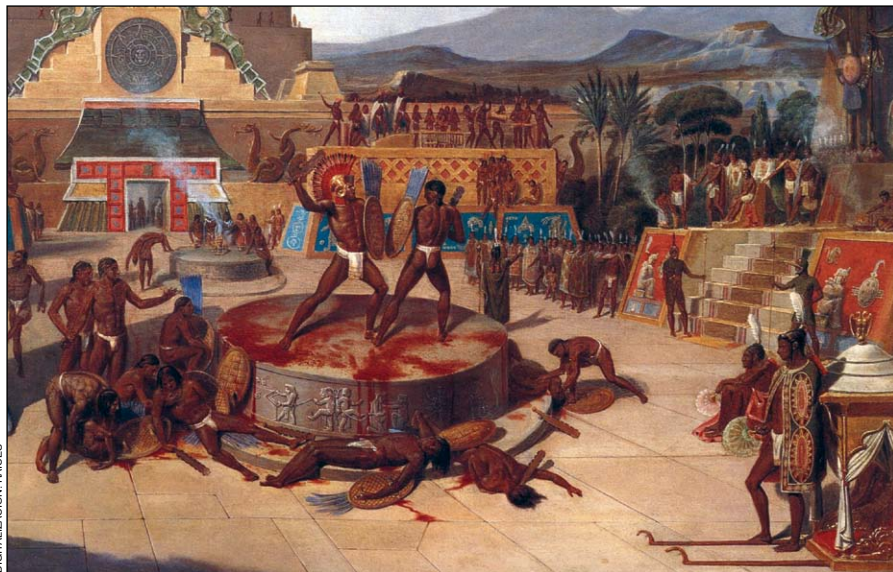
imágenes finales, de grandes dimensiones, eran exhibidas sobre la pared lisa de una rotonda para producir una vista de 360 grados en los espectadores. Éstos, situados en el centro y con la pintura a suficiente distancia, tenían la ilusión de encontrarse en el remoto país del que procedía el dibujo panorámico. Bullock estableció su punto de vista en la parte superior de la catedral de México y dibujó en redondo. En uno de sus bocetos, el que incluye en su extremo inferior derecho la esquina suroeste del cementerio catedralicio, podemos ver cómo afloraba la cara superior de la Piedra de Tízoc.

Otro de los propósitos de Bullock fue la elaboración de réplicas destinadas a la exposición “México antiguo” en el Egyptian Hall, inmueble de su propiedad ubicado en Piccadilly (pp. 151, 335, 375-376). Para ello, solicitó a los clérigos de la catedral que le permitieran excavar por el contorno de la escultura, a lo que és-

tos no sólo accedieron, sino costearon. Con grandes trabajos se liberó el monumento, debido al elevado nivel freático. Enseguida Bullock, con la autorización de Lucas Alamán —a la sazón Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores—, sacó los moldes de yeso y reprodujo los relieves, “algo embellecidos según el parecer de George Francis Lyon” (vol. 2, p. 120). Al año siguiente, Bullock recordaría: “Vi que los propios indios, cuando pasaban, le arrojaban piedras, y una vez vi cómo un muchacho le saltaba encima, apretando sus puños de rabia, la pateaba y hacía gesticulaciones del mayor aborrecimiento” (p. 335).

El emplazamiento de la Piedra de Tízoc cambió el 10 de noviembre de 1824, cuando fue trasladada al hoy desaparecido edificio de la Universidad, ubicado frente a la Plaza del Volador (3 en el plano). Al año siguiente abrió ahí sus puertas el Museo Nacional Mexicano, institución

Tras haber seguido un insólito desplazamiento a través de las calles, las plazas y los museos del centro de la ciudad de México, la Piedra de Tízoc fue trasladada en 1964 al Museo Nacional de Antropología. A partir de entonces, es posible apreciar este *cuauhxicalli* con una mirada renovada, no sólo como reflejo paradigmático de la historia nacional, sino como una obra maestra del arte universal.



Detalle de "Reconstrucción ideal de una ceremonia" de Jean Frédéric Waldeck, ca. 1832. Sobre un *temalacatl* tiene lugar un sacrificio gladiatorio y al fondo se ve un *cuauhxicalli*.

creada por orden del presidente Guadalupe Victoria. Los diarios de viaje del norteamericano Edward Thornton Tayloe (Gardiner, p. 58) y de los ingleses Mark Beaufoy (pp. 198-199) y George F. Lyon (vol. 2, p. 120), coinciden en que el monolito fue colocado en una esquina del dilatado patio central, tras una mampara de tablas, compartiendo el encierro con la Coatlicue. Esto se confirma en el conocido óleo del patio universitario pintado por el italiano Pedro Gualdi alrededor de 1842.

Completamente libres las caras labradas de la piedra, se incrementaron las actividades tanto de ilustración como de interpretación. Por ejemplo, Carl Nebel elaboró tres detalladas litografías que publicó con una explicación en su *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana*. Recordemos también la litografía de Casimiro Castro, en la cual reunió bajo el título de "Antigüedades mexicanas" las piezas más espectaculares del Museo Nacional. Esta imagen, donde la Piedra de Tízoc es extrañamente plasmada en el ángulo superior derecho, fue incluida en *México y sus alrededores*. En ese mismo álbum litográfico, José Fernando Ramírez atribuyó al monolito el carácter de monumento dedicado al Sol y conmemorativo de las victorias de Tízoc.

Brantz Mayer, secretario de la legación norteamericana en México de 1841 a 1842, nos informa en *México: lo que fue y lo que es* que la piedra se exhibía por aquel entonces con un inusitado añadido: "una cruz de piedra erigida en medio para santificarla" (p. 119). Y Madame Calderón de la Barca, haciendo gala de imaginación, nos evoca su uso ritual especificando hasta el color de los atavíos de los oficiantes: "Vimos después la piedra de los sacrificios, ahora en el patio de la Universidad; tiene esta piedra una hendidura en la que acostaban a la víctima, mientras que seis sacerdotes, vestidos de rojo, con las cabe-



"Antigüedades mexicanas" del Museo Nacional. Litografía de Casimiro Castro, *México y sus alrededores*. La Piedra de Tízoc se ve en el ángulo superior derecho.

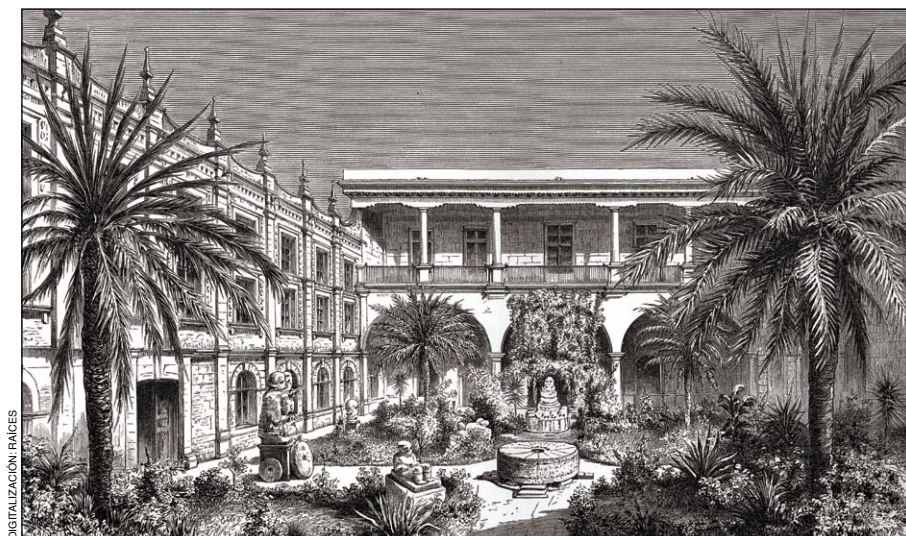
zas adornadas con penachos de plumas verdes... la sujetaban, para que el pontífice le abriera el pecho y arrojase luego el corazón a los pies del ídolo...” (p. 25).

Pese a que en 1866 el emperador Maximiliano ordenó la mudanza total del Museo a la antigua Casa de Moneda, ubicada en el ángulo noreste del Palacio, el traslado de la Piedra de Tízoc se realizó hasta 1873. Ocupó entonces, entre grandes palmeras y muy próxima a la Coatlicue, el centro del patio (4 en el plano). Así aparece en muchas fotografías y en el grabado publicado por Désiré Charnay en *Les anciennes villes du Nouveau Monde*. De aquel periodo datan las interpretaciones de Manuel Orozco y Berra, quien vio en ella un *cuauxxicalli* que celebraba póstumamente las hazañas de dicho *tlatoani*, y de Jesús Sánchez, quien la entendió como un monumento votivo con imágenes de danzantes que llevan a sus cautivos para sacrificarlos al fuego en la fiesta que cada cuatro años se le hacía.

En 1883 se creó la Galería de Monolitos, acondicionada en el fondo del inmueble para que las más valiosas obras de la colección ya no estuvieran expuestas a las inclemencias de la intemperie. Hay noticias de que la mayor parte del traslado se hizo entre septiembre de ese año y agosto de 1886. La Piedra de Tízoc pasó al extremo poniente de la galería, ahora junto a la cabeza de Coyolxauhqui (5 en el plano). La maniobra se completó con la llegada de la Piedra del Sol, de manera que el presidente Porfirio Díaz pudo hacer la inauguración de la galería el 16 de septiembre de 1887.

Por ser de todos conocido, no abundaremos en el desplazamiento de la Piedra de Tízoc a su actual destino: la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología, en el Bosque de Chapultepec. Baste con decir que la majestuosa construcción fue inaugurada por el presidente Adolfo López Mateos el 17 de septiembre de 1964. A partir de entonces, es posible apreciar este *cuauxxicalli* con una mirada renovada, no sólo como reflejo paradigmático de la historia nacional, sino como una obra maestra del arte universal. 🌿

- Alfredo López Austin. Doctor en historia por la UNAM e investigador emérito de la misma institución.
- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris X-Nanterre y profesor-investigador del INAH.



DIGITALIZACIÓN PAICES

La Piedra de Tízoc al centro del patio del Museo Nacional. Fotografado publicado por Désiré Charnay en *Les anciennes villes du Nouveau Monde*.



FOTO: CORTESÍA DE BARBARA W. FAISH, 2004

Réplicas de los relieves de la Piedra de Tízoc vendidas por Désiré Charnay al Peabody Museum, Harvard University. El Musée du quai Branly de París posee la misma serie de cuatro réplicas.

PARA LEER MÁS...

- AHGDF (Archivo Histórico del Gobierno del Distrito Federal), Ayuntamiento, Historia en general, vol. 2254, exp. 22.
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando de, *Crónica mexicana*, Dastin, Madrid, 2001.
- BEAUFOY, Mark, *Mexican Illustrations*, Carpenter and Son, Londres, 1828.
- BULLOCK, W., *Six Months Residence and Travels in Mexico*, Londres, 1824.
- CALDERÓN de la Barca, Madame, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Editorial Porrúa, México, 1987.
- CARLETTI, Francesco, *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606)*, UNAM, México, 2002.
- CASTILLO, Cristóbal del, *Historia de la venida de los pueblos mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, INAH, México, 1991.
- DUPAIX, Guillermo, *Papeles inéditos*, BNAH, G.O. 187.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, 2 vols., Editorial Porrúa, México, 1984.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Don fray Juan de Zumárraga: primer obispo y arzobispo de México*, 4 vols., Editorial Porrúa, México, 1947.
- GARDINER, C. Harvey, *Mexico 1825-1828: The Journal and Correspondence of Edward Thornton Taylor*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1959.
- Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en Rafael Tena, *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, Conaculta, México, 2002.

- HUMBOLDT, Alexander von, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, 2 vols., Siglo Veintiuno Editores, México, 1995.
- LEÓN Y GAMA, Antonio de, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, México, 1832.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, México, UNAM/INAH, 2009.
- LYON, George Francis, *Journal of a Residence and Tour in the Republic of Mexico in the Year 1826*, J. Murray, Londres, 1828.
- MATOS, Eduardo y Leonardo López Luján, *Escultura monumental mexicana*, México, Fundación Conmemoraciones 2010, 2009.
- MAYER, Brantz, *México: lo que fue y lo que es*, FCE, México, 1953.
- MIER Y TERÁN ROCHA, Lucía, *La primera traza de la Ciudad de México 1524-1535*, 2 vols., UAM/FCE, México, 2005.
- NEBEL, Carlos, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1963.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, “Cuauxxicalli de Tízoc”, en *Anales del Museo Nacional*, 1881, vol. I, pp. 3-39.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, *México en 1823 según el Panorama de Burford*, Manuel Porrúa, 1959.
- SAHAGÚN, Fray Bernardino de, *Códice Florentino*, 3 vols., Archivo General de la Nación, México, 1979.
- SEDANO, Francisco, *Noticias de México*, Imprenta de J.R. Barbedillo, México, 1880.
- TOUSSAINT, Manuel, *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano*, Editorial Porrúa, México, 1992.